

---

## ¡Fuego! ¡ Fuego!



Las primeras cosas son generalmente las más interesantes. El primer hijo, el primer diente, los primeros pasos, la primera palabra, el azote. Este libro será sobre todo la historia de las primeras cosas. Las que vienen después podéis leerlas en otros muchos libros más tarde.

Los hombres primitivos ni sospecharon que pudiera hacerse fuego, ni tenían con que encender nada. No pudieron hacer una luz, ni una lumbre. No podían alumbrarse, ni calentarse, ni condimentar sus alimentos. No sabemos exactamente cuándo ni cómo pudieron descubrir ese elemento tan importante en la vida. Lo único evidente es que lo conseguirían frotando las cosas.

Si nosotros frotamos fuerte y rápidamente nuestras manos, se nos calientan. Si frotamos nuestro cuerpo con las mismas manos o con un paño o una piel, podemos llegar a sentir incluso la sensación de que nos quemamos.

Si frotamos dos palitos, se calentarán, y si nos decidimos a frotarlos todo el tiempo que sea preciso, llegarán a arder. Así hacen los indios y los *boy scouts* en sus correrías.

Esta fué la primera invención que hizo el hombre, y hay que reconocer que para aquel tiempo el invento tiene, por relación a las necesidades de una y otra época, tanta importancia como después ha tenido para nosotros la invención de la luz eléctrica.

Los hombres de la época primitiva tenían cabellos y barbas largas porque no tenían necesidad de cortarlos; pero si hubieran querido hacerlo no habrían podido por falta de tijeras y de navajas. Por la misma razón crecían sus uñas hasta que por su mucha longitud ellas mismas se quebraban. Esta misma falta de instrumentos cortantes hacía que sus vestidos no estuvieran a la medida, colocándose las pieles tal como las sacaban de los animales y atándose con juncos o tiras de alguna sustancia, ya que tampoco tenían ni agujas, ni hebras, ni nada. Se metían en los huecos del terreno por que no disponían de herramientas con que construir